

pudo entrar en Venecia, donde fué recibido con regocijo y cuyos magnates laicos y religiosos, que procuraban rivalizar en lujo y esplendor, contribuyeron á herosear la fiesta de la paz, finalmente conseguida. Los que durante tanto tiempo habian sido adversarios, se reunian reconciliados y procuraban con sus demostraciones amistosas y con sus reciprocas muestras de respeto hacer olvidar los pasados malos tiempos. Sin embargo, los tratados que, robustecidos por el juramento, se hicieron en Venecia, no satisfacian los deseos de ninguna de las partes contratantes. El emperador era quien mas motivos tenia de alegrarse del resultado obtenido; los lombardos no habian sido inmediatamente incluidos en la paz, pues solo habian logrado un armisticio de seis años: sus temores en punto á la lealtad de la curia se habian confirmado, pues á pesar de todas las protestas, solemnemente hechas, la curia habia pagado con ingratitud la adhesión de sus mas fieles aliados. En definitiva, los lombardos debian aun considerar como una dicha el armisticio conseguido, pues poco faltó para que no se hiciera mención de ellos y para que quedasen aislados y á merced del emperador. ¿Qué habia de pasar transcurridos los seis años? ¿No era de esperar que entonces se reanudara la lucha en circunstancias quizás mucho mas desfavorables? Los sicilianos podian estar tranquilos con el armisticio de cinco años, pues nada tenian ya que temer de Federico. La Iglesia no tenia fundamento alguno para hacer ver, como lo hacia, que habia triunfado de Federico y que habia hecho morder el polvo á su terrible enemigo, pues en lo porvenir, el imperio podría alzarse enfrente de la Iglesia como potencia de igual categoría. Así habia tenido que reconocerlo la Iglesia misma, como lo demostraban las estipulaciones de la paz. La gran conquista que habia hecho en tiempo de Lotario, cuando este recibió en feudo del papa la herencia de la condesa Matilde, con lo cual quedó esta herencia reconocida como propiedad de la Iglesia, le habia sido arrebatada definitivamente en Anagni, á pesar de la condescendencia de los plenipotenciarios imperiales, pues si bien la curia no reconoció las pretensiones del emperador sobre aquellos bienes, abandonó el punto de vista que hasta entonces habia mantenido respecto de esta cuestion, desde el momento en que dejó esperar que podría ser resuelta por una sentencia arbitral. El papa no pudo tampoco evitar que durante el litigio permaneciera provisionalmente en poder del emperador. No habia, pues, razón alguna para hablar de una humillación del emperador y de un triunfo de la Iglesia, tanto menos cuanto que los obispos alemanes conservaban, con muy raras excepciones, sus dignidades, y en cuanto á los italianos, debian ser naturalmente atendidas las recomendaciones de Federico. Alejandro III no habia conseguido en realidad mas que verse reconocido por el emperador como jefe legítimo de la Iglesia.

Federico tenia motivos sobrados para considerar ventajosa la paz de Venecia y con su hábil política supo explotar con gran éxito la situación que se habia conquistado. Sus fines eran los mismos de antes y únicamente cambió los medios para conseguirlos, y por ellos obtuvo, sin lucha, lo que en veinte años de guerra no habia podido alcanzar.

CAPÍTULO IV

TRASFORMACION PACÍFICA DEL IMPERIO LLEVADA
Á CABO POR FEDERICO I

(1177-1190)

Cerca de veinte años habia luchado Federico I para conseguir la soberanía sobre el pontificado y sobre las ricas municipalidades lombardas; habíase visto obligado por los

principes del imperio, como en otro tiempo Enrique V, á emprender una política de paz; y á pesar de la desfavorable situación en que se encontraba, habia sabido establecer una paz, cuyas principales ventajas estaban indudablemente de su parte. Habia transformado sobre una base completamente nueva sus relaciones con Italia, sin por esto atarse las manos para lo porvenir respecto de los lombardos. Los efectos de esta política se sintieron desde luego en Alemania, pues entonces desaparecieron allí los motivos que le habian impulsado á luchar contra la Iglesia y contra los lombardos. Desde el momento en que la terminación del cisma no solo devolvió la paz á la Iglesia alemana sino que reanudó la alianza de esta con el emperador, fué menguando la preponderancia de los principes del imperio, cuyo auxilio le habia sido hasta entonces indispensable. Despues de los reinados de Lotario y de Conrado, habíase hecho imposible por mucho tiempo la política de los Otones, que buscaba en la Iglesia alemana el apoyo principal de la monarquía: la tentativa hecha por Federico con el tratado de Constanza habia fracasado ante los proyectos jerárquicos de Adriano IV y ante el mal éxito de la primera expedición que el emperador hizo á Italia. Desde entonces, cuanto mas se iban aflojando los lazos de alianza con la Iglesia, tanto mas procuraba Federico apoyarse en los principes laicos, en provecho de los cuales sacrificó algunos derechos de la monarquía para asegurarse su auxilio contra los lombardos y contra la curia. Durante el cisma, habia entregado los obispos rebeldes, con sus bienes y derechos, á los principes laicos. La alianza con Enrique el Leon, el convenio con Enrique de Austria y el tratado de la corona con Uladislao de Bohemia marcaron el comienzo de esta política, cuyo desenvolvimiento se marcó con la expulsión de Ulrico de Halberstadt, llevada á cabo por Enrique el Leon, y con el desencadenamiento de la nobleza laica contra el arzobispado de Salzburgo. Esto preparó el cambio que en la conducta de los principes eclesiásticos se operó despues de la batalla de Legnano.

El que mas directamente atacado se vió á consecuencia del restablecimiento de la alianza con la Iglesia alemana fué Enrique el Leon. Además de las modificaciones que en la situación del poderoso duque se habian verificado durante las últimas décadas, aquella alianza constituía para el poder de los Welfos una crisis terrible que amenazaba destruir la situación preponderante que obstinadamente conservaba Enrique.

Este desde un principio habia ocupado al lado de Federico I una situación excepcional: la monarquía de Federico se apoyaba en la alianza con Enrique el Leon, alianza comprada á cambio del restablecimiento del poderío welfo, y cuanto mas la monarquía tendía hácia el imperio y cuanto mas concentraba Federico sus fuerzas para la gran lucha contra el pontificado y los lombardos, tanto mas importante, independiente y régia era la situación del duque de Sajonia y de Baviera; el cual no era ya el auxiliar y el aliado de Federico, sino su representante, y con anuencia suya, aunque no por concesión expresa, ejercía derechos que propiamente solo correspondian al jefe del imperio. Federico le permitía ejercer respecto de los obispos del país situado allende el Elba las atribuciones que la Iglesia le habia conferido á él: Enrique el Leon pudo, pues, ejercer una autoridad suprema sobre los pueblos y principes eslavos, á costa de los cuales prosperaban las misiones y la colonización, invocando para ello el título de protector principal de estas. Esto se hallaba sin embargo en contradicción con los deberes que tenia como vasallo del imperio, contradicción que se hizo patente cuando dejaron de correr en armonía los intereses de Enri-

que y los del imperio. Así sucedió en definitiva. Desde la lucha de destrucción contra Milan, Enrique no habia tomado parte personalmente en las expediciones italianas de Federico: su presencia era necesaria en Alemania para contener la oposición que, desde la muerte del primer antipapa imperialista, ganaba cada día mayor terreno. Luego se encargó de proteger al imperio contra los ataques del Norte y del Este: á él se debió que Dinamarca continuara siendo feudo del imperio; pero no se contentó con lo que el rey habia hecho en Merseburgo, sino que fué árbitro en las contiendas intestinas de los daneses y de su dinastía. Enrique se aprovechó de estas atribuciones en ventaja propia y de sus territorios sajones, no solo en perjuicio de los que habian sido sometidos á él y puestos bajo su protección, sino de los intereses de sus principes y aun de los del mismo imperio. Por esto nadie le fué tan hostil como Alberto el Oso, el cual, con menos recursos pero con igual actividad y éxito, mostraba iguales tendencias conquistadoras y colonizadoras. Por la misma razón enemistóse tambien con el arzobispo Wichmann de Magdeburgo. Dinamarca á duras penas podia soportar la tutela en que el duque la tenia, y el joven rey Waldemaro se esforzó en vano por conseguir cierta libertad de acción, por lo menos respecto de los eslavos, pues la primera tentativa que con este objeto hizo le valió una dolorosa humillación. En efecto, cuando en 1167 hubo conquistado en gloriosa lucha á Rugen y la hizo tributaria suya, Enrique, á pesar de no haber tomado parte alguna en la empresa, quiso entrar en el reparto de la ganancia conseguida apoyándose en lo que se habia estipulado respecto de las conquistas hechas en comun. El rey, en un principio, se negó á acceder á su petición, pero Enrique castigó esta negativa instigando á los eslavos contra los daneses y permitiéndoles entregarse á la piratería, que hasta entonces habia sido severamente reprimida. Con esto hizo sufrir en poco tiempo tantos perjuicios á Dinamarca que su rey acabó por ceder á las exigencias que antes habia rechazado. La gran misión civilizadora que Alemania estaba desempeñando en el Norte y en el Este hizo entonces, sin obstáculos, brillantes progresos, á pesar de estar concentradas hacia años las principales fuerzas del imperio en Italia. La política imperial del gran Staufen se vió exenta de las catástrofes ante las cuales habian fracasado Oton II y Oton III, y así como la derrota de Oton II en las costas calabresas habia tenido por consecuencia el levantamiento general de los eslavos, la derrota no menos grave y decisiva sufrida por Federico en Legnano no tuvo influencia ninguna en aquellos territorios y no puso ni un momento en peligro la soberanía alemana.

La posición casi régia de Enrique el Leon, constituido en enérgico y afortunado guardador de los intereses alemanes enfrente de los daneses y de los eslavos, adquirió especial importancia por efecto del influjo que ejerció en los asuntos especiales de Sajonia. Se comprende que Enrique procurara alcanzar en las antiguas comarcas del territorio sajón la misma situación que habia logrado en los territorios eslavos recientemente conquistados y que de la misma manera que en estos investía obispos y daba feudos á condes, tratara de conseguir iguales atribuciones sobre los bienes de la Iglesia y sobre los magnates laicos en aquellos países que eran su base de operaciones para avanzar en el país de los eslavos. Pero los obispos y condes de la Sajonia oriental dependian ya directamente del imperio y no estaban dispuestos á trocar la dependencia en que estaban respecto del emperador por la del duque que, además de serles mas molesta, era de inferior categoría. La situación que allí pretendía conquistar Enrique tenía ya de hecho no solo en Baviera sino tambien en la parte occidental del ducado sajón, en Westfalia; de

suerte que el hecho de estar sus dominios cortados por los obispados y condados de la Sajonia oriental que directamente dependian del imperio, no podia menos de serle doblemente molesto. Consecuente con el plan que se habia trazado, estaba desde hacia años trabajando por que cesara tal estado de cosas y en este antagonismo insuperable tenian su origen las sublevaciones continuas, ora de grupos aislados, ora de todos los grupos de los condes sajones y las repetidas y terribles guerras civiles que devastaban la Sajonia. En 1167 se habian levantado todos los magnates sajones contra los abusos del violento duque, tomando parte principal en este movimiento no solo Alberto el Oso sino tambien Wichmann de Magdeburgo y sobre todo Reinoldo de Colonia. En situación tan crítica, el duque debió su salvación á la orden de paz que dió el emperador, el cual temia que del quebrantamiento del poder de los Welfos se resintiese su propia situación. Habiendo muerto en 1171 el mas infatigable de todos sus adversarios, el marqués Alberto, y estando ya repartidos sus territorios, Enrique se encontró en completa libertad de acción y se dedicó con mayor energía á la persecución de sus fines.

Pero ¿podia esperar que el emperador le seguiria apoyando con la misma decisión que en 1167? No, en verdad, desde el momento en que sus intereses fueron distintos y en que el emperador dejó de creer que al asegurar la preponderancia del Welfo aseguraba su propio poderío. Esta separación, en un principio casi imperceptible y luego cada día mas marcada, venia subsistiendo hacia años. No podemos decir con seguridad de dónde nació y solo nos es dado deducirlo de algunos hechos aislados. Segun parece, la política eclesiástica del emperador escandalizó tambien á Enrique el Leon, el cual se habia mantenido adicto durante muchos años al papa cismático y no habia vacilado en negarse, en Wurzburg, á prestar juramento á Alejandro III, con lo cual se habia puesto en contradicción con la política tradicional de su familia. Bajo otro punto de vista le perjudicó tambien la alianza con los cismáticos, porque en los Estados eslavos necesitaba el apoyo de la Iglesia, sin el cual no podia ni conservar por mucho tiempo lo allí conquistado, ni hacer nuevas adquisiciones. Lo que él y sus compañeros de armas luchaban por conseguir en aquellos territorios y lo que en ellos implantaron los colonizadores por él llevados, recibia de la actividad civilizadora de la Iglesia la consagración que aseguraba su existencia y prometia grandes beneficios. Enrique el Leon comenzó á comprender entonces, segun parece, la imposibilidad de seguir al emperador en su política eclesiástica, pudiendo considerarse como síntoma de su cambio la peregrinación que desde 1170 á 1172 emprendió á los Santos Lugares seguido de un fuerte ejército perfectamente equipado y siendo allí recibido con grandes honores por cristianos é infieles, que lo consideraban como uno de los principes mas poderosos. Al regresar á su patria trajo de Oriente, entre otras preciosidades, valiosas reliquias, tales como el brazo de San Blas, guardado en una artística urna y al cual fué consagrada la magnífica catedral de Brunswick, y además partículas de la Santa Cruz, preciosas telas y otros objetos, de los cuales todavia se conservan algunos en la mencionada ciudad. Esta aparatosa expedición realizada en una época en que la situación del duque parecia seriamente amenazada por la persistente oposición de los magnates sajones, daba poderosos motivos para creer que habia sido llevada á cabo con el propósito de purgar la prolongada alianza con el papa cismático. A ella pudieron tambien haber contribuido las relaciones de parentesco que por su enlace con Matilde de Inglaterra contrajo con Enrique II y con Guillermo III de Sicilia, casado con una hermana de Matilde. El orgulloso

Plantagenet, desde la muerte del mártir Tomás Becket, se esforzaba por hacer las paces con la curia, al paso que el normando era el aliado de Alejandro III y de los lombardos en su lucha con Federico I. También debe relacionarse con estos planes el brillante recibimiento que, á su regreso de Palestina, dispensó á Enrique la corte del emperador griego



Enrique el Leon (relieve de su sepulcro).

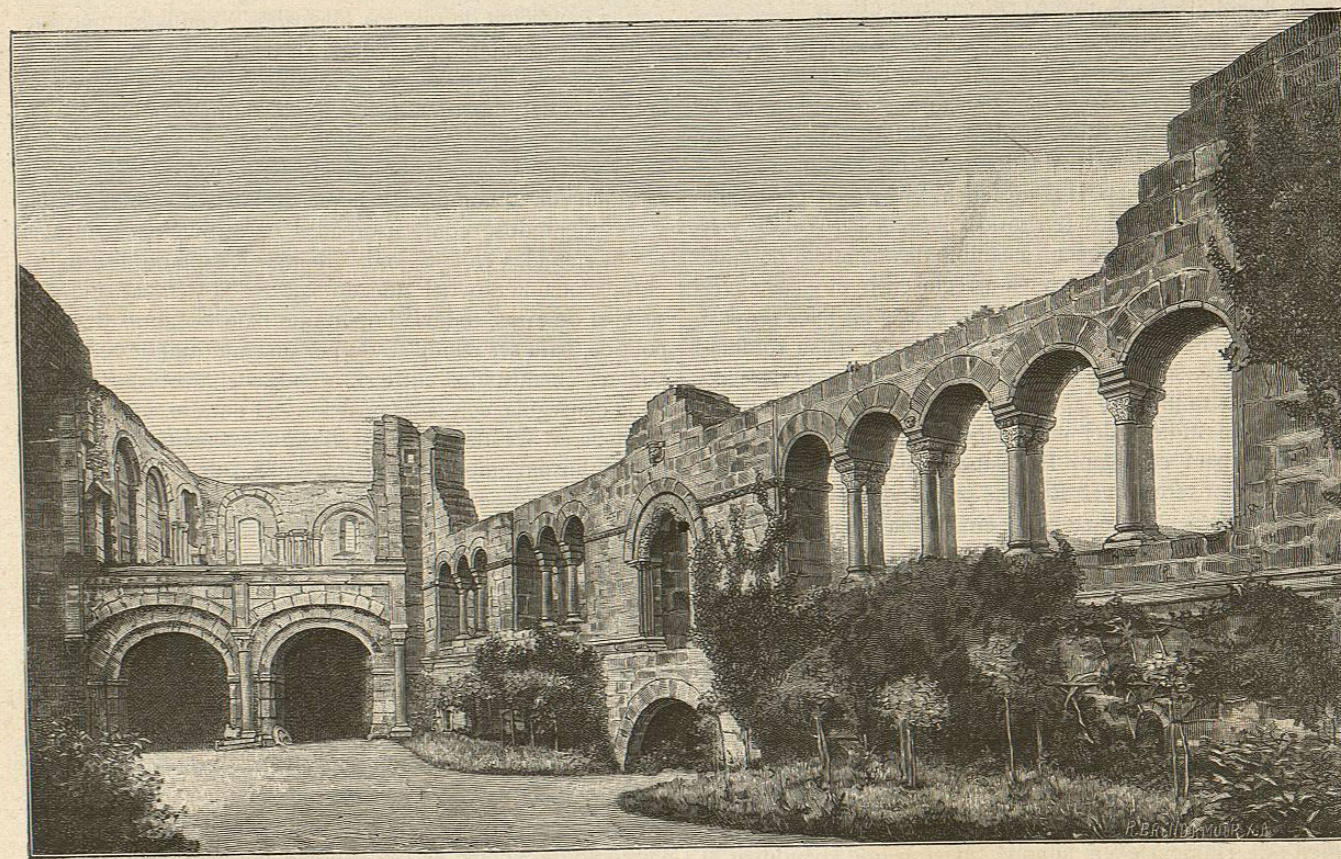
que entonces formaba parte de la alianza contra los Staufen, cosa que difícilmente se hubiera comprendido á haber persistido todavía el duque en las ideas religiosas que profesaba cuando el juramento de Wurzburg. Por último no faltaban motivos que explicaran la enemistad creciente entre Enrique y el emperador. Durante muchos años el duque había sido fiel al trono, en la creencia de que si Federico moría prematuramente, él ocuparía uno de los principales lugares entre los candidatos que se designaran para suceder-

le, y efectivamente, durante el sitio de Milan, el emperador le había recomendado á los príncipes del imperio, juntamente con su primo Federico IV de Suabia. Estas esperanzas se habían desvanecido, porque Beatriz de Borgoña había dado á su imperial esposo un gran número de hijos, el mayor de los cuales, Enrique, había sido elegido rey por los príncipes congregados en junio de 1169 en Bamberg, y coronado en Aquisgran, cuando solo contaba cuatro años. La dinastía de los Welfos tuvo todavía por algun tiempo una rival en la de los Staufen. El emperador no desperdiciaba ninguna ocasion de aumentar su patrimonio, apropiándose, especialmente en Suabia, los feudos vacantes, concertando tratados hereditarios y haciendo otros convenios. Con esto muchas veces había contrariado los designios del Welfo, pero todavía los contrarió mas cuando se trató de las negociaciones relativas á la herencia del duque Welfo VI. En efecto, Welfo VI, despues de la muerte de su hijo único, que había sucumbido en 1167 víctima de la peste romana, se entregó á una vida disipada, malversando grandes sumas y adquiriendo fama de príncipe espléndido y liberal, hasta que abandonando de repente sus disipaciones, se retiró á un convento, donde se dedicó por algun tiempo á prácticas piadosas. Viéndose en una situación económica sumamente crítica, propuso á su primo el duque de Sajonia y de Baviera un tratado por el cual este se obligara á pagarle una fuerte renta anual á cambio de entrar en posesion de su rica herencia cuando falleciera. Enrique no aceptó la proposicion y Welfo VI entró entonces en negociaciones con su otro primo el emperador, ofreciéndole el mismo convenio y cediéndole desde luego la herencia de la condesa Matilde, el principado de Cerdeña, el ducado de Spoleto y el marquesado de Tuscia y confiándole la administracion de sus posesiones alemanas. Por una economía extemporánea había dejado de hacer Enrique el Leon una adquisicion importante, en la creencia de que esta adquisicion vendria á sus manos naturalmente.

Estos hechos explican el enfriamiento que se notaba en las relaciones entre Enrique el Leon y su imperial primo, pero no justifican la negativa del duque á dar auxilio al emperador contra los lombardos. Indudablemente Enrique estaba obligado á obedecer el llamamiento que se le hacia para que se incorporara al ejército imperial, pues á pesar de los grandes privilegios que se le habían concedido, no disfrutaba del que tenía el duque de Austria, el cual solo estaba obligado á facilitar un contingente en los territorios vecinos al suyo. El duque no podía esperar que la derrota del emperador, ni siquiera el que se viese en situación comprometida respecto de los lombardos, le reportara ventaja alguna, pues aun cuando sus intereses no coincidieran con los del Staufen, de nada había de aprovecharle el que Federico se debilitara en Italia. Lo que especialmente impidió al duque acudir al llamamiento de Federico fué el estado de cosas de Sajonia, donde se había reproducido la oposicion contra sus violencias, manifestándose á la sazón en un levantamiento general de los magnates que veían amenazada su dependencia directa del imperio, levantamiento parecido al de 1166 y 1167, del cual á duras penas había podido defenderse Enrique. Los que dirigían este movimiento contra él eran precisamente los hombres que mas influencia ejercían en el consejo del emperador, los representantes de la enemistad irreconciliable con Alejandro III y los lombardos; y se quería obligar á Enrique á prestar, precisamente á estos, las fuerzas que tan necesarias le eran en sus dominios. Si abandonaba con sus tropas la Sajonia para luchar, al Sur de los Alpes, contra los lombardos, quedaban sus mortales enemigos en completa libertad de accion y podían repetir con seguridad de éxito lo que en 1167 había fracasado. El levan-

tamiento de los sajones comprometía además seriamente la autoridad de Enrique sobre los daneses y los eslavos, que quedaria indudablemente destruída con el triunfo de los insurrectos; de manera que aun cuando no le separaran del emperador algunos puntos de desavenencia y aun cuando entonces hubiera aprobado incondicionalmente, como en tiempo del juramento de Wurzburg, la política eclesiástica de Federico, no hubiera podido acudir al llamamiento que se le hacia para que llevara sus contingentes al ejército imperial en su expedicion al otro lado de los Alpes, sin exponer á graves peligros su situación en Sajonia y los intereses alemanes en el Norte y en el Este. Los fundamentos en virtud de los cuales, desde la guerra de Milan, se le había

eximido de la obligacion de tomar parte en las luchas del Sur, no solo subsistian, sino que eran mas poderosos y mayores en número. Enrique no podía entonces abandonar la Sajonia sin causarse á sí mismo graves perjuicios; por eso ni las observaciones ni las súplicas del emperador pudieron hacerle variar de resolucion. Refiérese que en la entrevista personal que tuvo con el emperador en la frontera germano-italiana y que ha sido adornada por la poesía,—que de la fábula de haberse echado Federico á los piés del orgulloso Welfo ha compuesto una escena altamente dramática,—Enrique pidió como premio de los auxilios que se le pedían la cesion de la fuerte ciudad imperial de Gos'ar; pero esta no es sino una manera de expresar la extraordinaria importancia



Ruinas del palacio imperial de Gelnhausen (Alemania)

que dicha ciudad, por cuya posesion habíase combatido tan encarnizadamente durante la lucha del Este de Sajonia, tenía realmente para Enrique el Leon, pues que era para él una garantía contra sus enemigos. Si tal exigencia fué formulada, el hecho es que el emperador no se decidió á satisfacerla, sin duda por haberle parecido excesivo el precio que al auxilio welfo se ponía.

El emperador fué vencido en Legnano por las milicias de las ciudades lombardas; y ya hemos visto que se vió despues obligado á firmar la paz con la Iglesia y que esta paz trajo por consecuencia el armisticio concedido á los lombardos. En todos estos sucesos no se dijo una palabra respecto de Enrique el Leon, ni de su negativa á prestar auxilio al emperador; pero ni este ni sus plenipotenciarios, como Wichmann de Magdeburgo y Felipe de Heinsberg, acérrimos enemigos del Welfo, atribuyeron nunca la derrota de Legnano á la ausencia de las tropas sajonas: una narracion histórica hecha en tiempos posteriores fué la primera en atribuirle aquel fracaso de Federico, con lo cual se dió á la negativa de Enrique una importancia que no había tenido

á los ojos de los contemporáneos ni aun á los de las personas á quienes mas de cerca había afectado. Es preciso tener esto en cuenta, porque de lo contrario se presentarian bajo un falso aspecto los acontecimientos que acaecieron despues hasta la ruina del poderío welfo. El mal ejemplo no partió del emperador, sino que el odio de los magnates sajones y la ambicion de los príncipes del imperio obligaron á Federico á sacrificar al que hasta entonces había sido su aliado, porque Enrique, en su loca obcecacion, se negó á hacer la mas pequeña concesion que pudiera calmar á sus adversarios, poniéndose de tal suerte en contradiccion con las leyes y ordenanzas del imperio, que su caída hubo de ser considerada como una necesidad no solo política sino moral.

La reposicion en su diócesis de Ulrico, obispo de Halberstadt, que en otro tiempo había sido expulsado de ella por sus tendencias alejandrinas, fué la señal de nuevos desórdenes en Sajonia. Cuando Enrique se negó á devolver los feudos eclesiásticos de Halberstadt que había usurpado, el obispo lanzó contra él la excomunion. Felipe de Heinsberg, arzobispo de Colonia, firmó una alianza con Ulrico y entró